

## Una esquila para María Victoria

Escribe: GERMAN ESPINOSA

“... pues yo en el corazón, y tú en las cuevas callamos los volcanes florecidos”.

*Quevedo*

La mujer apartó de sí, llena de aversión, la esquila que segundos antes habían devorado con horror sus ojos mustios y meditabundos. La mantuvo, un instante, suspendida apenas de las yemas de los dedos. Luego se incorporó y, como quien se sobrepone a una carga demasiado grande, avanzó hasta la chimenea, hizo trizas el delgado papel con manos temblorosas y arrojó los fragmentos al fuego.

Por la ventana entreabierta, el cielo de agosto filtraba una luz plomiza, que parecía derrumbarse sobre los objetos sin prestarles vida. La ciudad, vista desde allí era una columna de vapor disipada en gris y perla. Este año, el frío había regresado a Bogotá, como el huésped familiar que vuelve irreconocible de un largo viaje. Los años anteriores, aunque entonces nadie se diera cuenta, habían sido más o menos calurosos. Pero esto era lo que solía pensarse ahora, como antes se temía que el humo de las fábricas recalentara la ciudad. María Victoria cruzó la sala como un largo y desolado espectro. Tenía puesta una ruana blanca, de paño muy fino, y esto le prestaba cierta calidad fantasmal.

Sobre la repisa de la chimenea, el reloj de cuco dio las cinco de la tarde.

Todavía se detuvo un momento a admirar... a acariciar los gladiolos, de hojas tan largas como sus dedos, brotados como flores de invernadero en las dos o tres macetas armónicamente dispuestas en el pequeño vestíbulo, antes de asir con fuerza el pasamanos y emprender el ascenso de las escaleras. Se sentía abatida, casi que magullada. Experimentaba una sensación de vahido. ¿Por qué estas cartas absurdas y grotescas? ¿Quién las enviaba?

La primera llegó hacía ya unos seis meses. Y seis meses justos, porque fue el día de su aniversario de bodas, esa tarde aterida de fe-

brero. Antonio le había regalado un precioso juego de figuras de porcelana, que representaban una orquesta de cámara dieciochesca. Algo así como si ejecutaran una sonata de Corelli. Fue una especie de tributo vacío, desprovisto de verdadero significado. A la vuelta de tres años, su matrimonio se había tornado irreal, deleznable, como si estuviera realizándose en un nivel de leyenda. No quería reprocharle nada a Antonio, sin embargo. Quizás ella misma... Pero todo parecía acordarse a una fatalidad.

Aquella primera carta, aquella primera esquela, la interpretó como un acontecimiento normal en la vida de cualquier mujer. *Un admirador* redactaba en los términos más correctos y vulgares que cabe esperar en caso semejante. El seudónimo se le antojó prosaico y un poco cursi, y le dedicó una sonrisa. Un impulso de coquetería, solo eso, la movió a ocultársela a su marido.

No ocurrió lo mismo con la segunda.

La segunda llegó dos semanas más tarde y, aunque hizo lo posible por encontrar en ella aquel mismo aire correcto y vulgar, acabó convenciéndose, a fuerza de leerla, de que su redacción estaba infestada de insinuaciones procaces. No contenía propiamente vocablos incorrectos, sino vocablos que sugerían, como si brotaran de una imaginación morbosa, situaciones incorrectas. Para poner las ideas en orden: no hubiera podido hablarse de vocablos procaces, pero sí de frases, de intenciones llenas de procacidad. ¿Cómo explicárselo ella misma? Aquella carta, como la primera y todas las demás, fue a consumirse en el fuego de la chimenea.

A mediados de marzo, sintió miedo de salir a la calle. Antonio y ella habitaban un apacible vecindario de Chapinero y, como no habían tenido hijos, les bastaba esta modesta casita de dos plantas, más amplia en apariencia de lo que realmente era.

La tranquilidad del barrio no dejaba lugar a dudas. Pero María Victoria pensaba que, si se atrevía a tales obscenidades por escrito, *un admirador* se había animado, por fin, al empleo de palabras francamente impúdicas, sobre todo al designar ciertas partes del cuerpo. Y ella misma se asombraba de interpretar con tal fidelidad aquel lenguaje que, en otros tiempos, solo creyó propio de indios y gentes bajas. Se asombraba de conocer vocablos que no creía conocer.

Ganó el último peldaño con una especie de fatiga tierna.

Las esquelas siguieron llegando, con prometedora puntualidad. Ahora el anónimo juraba que asesinaría a su marido y la raptaría, al favor de la noche, para conducirla a una suerte de brumoso y lejano país de *luxe, calme et volupté*, de *splendeur orientale*, como en la invitación baudelaireana.

Se apoyó en el soporte del pasamanos y, por vez primera en muchos días, un fulgor asomó a sus ojos pardos. Fulgor que desapareció casi de inmediato, al oírse crujir abajo la cerradura.

Experimentó una agradable sensación de terror.

—¿Antonio? ¿Eres tú?

Pues, ¿quién habría de ser? Antonio era un muchacho nervioso, que aparentaba más años de los que en realidad tenía. Subió a grandes zancadas las escaleras y encontró a su mujer, con una palidez cadavérica, recostada contra la pared del pasillo. La *reconoció* con cierta ternura. Después de todo, era preciso que surgiera entre ellos, de cualquier manera, esa suerte de desenfadado compañerismo que ambos echaban de menos, no como recuerdo de sus primeros meses de casados, sino como añoranza de una serie de fallidas imágenes que caldearon sus noches de solteros. María Victoria forzó una sonrisa.

—¿Pudiste entrevistar, al fin, al gerente de la Asociación de Navieros?

No tenía ningún interés real en la respuesta. Su mente estaba poblada de corsarios, noches de luna, dagas y charrascas tintas en sangre.

—Aplazó otra vez la cita. Es una especie de pulpo evasivo. Cuando estás a punto de prenderlo, te arroja tinta a la cara. La tinta de sus sucias esquelas.

María Victoria oyó acelerarse su propia respiración.

¿Entonces?

—Habrá que insistir. Es lo que recomiendan las altas finanzas. Pero, ¿cómo has estado, María Victoria? ¿Sabes una buena noticia? Dictaré una conferencia en la biblioteca sobre el año fiscal libre. Una verdadera aventura, si piensas en lo mal improvisador que soy.

Ella tuvo la súbita revelación de una noche de luna, cernida de estrellas, y un bulto trepando hasta su ventana, con una faca esgrimida y un extraño brillo en los ojos.

—He estado menos nerviosa...

—¿Y por qué esa palidez? Hay que sobreponerse, hay que poder más que la imaginación. Cuéntame, muñequita: ¿qué has hecho toda la tarde?

El bulto violaba las cerraduras, entraba en la alcoba, mataba a Antonio, la raptaba...

—Traté de leer esa novela de Iris Murdoch. Pero es una historia insana. Figúrate que una maestra llega a cierto castillo y... Hombre, tú también estás nervioso.

El la estrechó contra su pecho.

—No. Solo descorazonado por el asunto de los navieros.

La fue conduciendo, paso a pasito, hasta la alcoba.

—Y, al fin y al cabo, ¿no tienes esa buena palanca, el secretario del ministerio?

—Es un hipócrita.

Un recinto lleno de color amarillo, como un rincón tropical, como una figuración salida de la mente de algún pintor impresionista, con un furor cromático digno de Van Gogh... Camas gemelas y, en la mitad, una única mesa de noche, presumiendo un abismo, con Iris Murdoch descuadernada y un ordenado informe sobre el año fiscal libre.

—¿No es verdad que te has vuelto demasiado receloso? La noche que vino, me pareció un tipo simpático.

¿Y el bulto no podría tener las facciones del secretario del ministerio? Rechazó esta idea al cabo de algunos segundos. Antonio había arrojado la chaqueta sobre el banquillo del tocador.

—Esos simpáticos lechuginos son la flor de la hipocresía.

—Ideas. Acurrúcate. Aquí.

¿Y si en este momento el bulto irrumpiera por entre los cortinajes, con la facha de un anticardenalista, mosquete en mano, ladeado el chambergo, y se la llevara para siempre, después de dejar a Antonio tendido y agonizante? María Victoria disfrutó, casi que en un espasmo, el roce de las manos de su marido que la despojaban de la ruana. Luego se estremeció al adivinar que los dedos buscaban sus senos cálidos y erectos.

—¿A quién le importa lo que me pase? El secretario del ministerio es un político. Muy pronto tendrá que renunciar al cargo porque aspira a una curul en la cámara. ¿Tú crees que va a preocuparse sinceramente de mi gestión con lo navieros?

Un bergantín de tres palos, sin vergas de cruz en la mesana, y ella en la popa, ceñido el talle por su membrudo d'Artangnan, flagelado el rostro por el viento lleno de tufos salinos. ¿En qué película vio una escena parecida? Antonio había abierto la blusa y le desceñía voluptuosamente la falda. ¡Las cortinas eran agitadas por un soplo de viento!

—Los navieros son unos vagabundos.

—Tú también lo eres un poco. Quiero decir, no en el mismo sentido. ¿Por qué no entornas bien la puerta?

—Sí, vamos a entornar la puerta.

El fuerte de La Pointe, y el buque, llevando despachos preparados por el cardenal. ¡Cuernos! ¡Pardiez! Ahora las cortinas habían vuelto a ponerse rígidas, como preservando la intimidad conyugal. Cuando Antonio se dio vuelta, después de haber hecho sonar la cerradura, estaba transfigurado. Traía la estampa de un adusto armañac, aristócrata y orleanista, con una cota de malla y una cimera de penacho rojo y petulante.

—Si tengo suerte, el ministro de hacienda irá a oír mi conferencia.

—Tienes que ser optimista.

Volvió a sentir el contacto caliente de sus manos. Qué sensación tan distinta, ser palpada íntimamente por este armado caballero. Ahora escucharía el ruido de las armas al caer sobre el piso. Chas, ¡plum! El gallardo

orleanista deponía sus arreos para la entrega. Olvidaba aquella palabra... en la parte superior de la segunda página... ¿cómo era?... el sitio que ahora se le encendía, como una subterránea metalurgia.

El buque se difumaba en lontananza. Ahora se cambiaba en un largo, largo ferrocarril, listo a penetrar por el oscuro túnel. Ya. Y el viento despetalaba las flores a todo lo largo del vergel sonriente. Y cantaba la primavera, en un agudo ritmo. Y batían alas las gaviotas. Y el barco navegaba sobre la mar encrespada. Y todas las carnaciones eran nombradas por sus verdaderas formas. ¡Ah, gracias, corresponsal desconocido! ¡Gracias por esta exacta cartografía sin la cual no hubiera podido sortear estas aguas infernales! Viento en popa por el Mar de los Sargazos. Cristóbal Colón descubre un nuevo paraíso. He aquí este dulce, dulce escondrijo. Allí se ceba un deleite. Y se humedece de improviso. Se humedece, y aun el barco no gana el continente, donde cantan las florestas. ¡Caliente, caliente, concéntrate un poco y lo encontrarás! Tienes que esforzarte, tienes que recordar aquellos vocablos, ¿cómo son? Si no los recuerdas, la humedad crecerá hasta prolongar el mar y nunca tocarás tierra... Maldita sea.

El, tratando de alcanzar la toallita y ella con aquel delirio recorriéndole todavía los muslos.

—Hace calor. Un besito. Así. No, no te conviene, María Victoria. Te digo que, en tu estado de nervios, no te conviene. Espera... Ya. Ahora, tengo que revisar el informe. La conferencia es el jueves entrante. En el estudio. Caray, caray. Qué son esas caras.

—¿Acabarás muy tarde?

Y... ¿qué se hizo el valeroso armañac? Notó que Antonio estaba volviéndose ventrudo. Las cortinas seguían rígidas y la música sentimental que entraba por la ventana era de un radio vecino.

—Mientras sirven. Espera un poco. Esta noche.

Antonio cerró sin hacer ruido. Volvió a cruzar el pasillo, bajó a zancadas, nerviosamente, las escaleras y aspiró, sin saberlo, el aroma nocivo de los gladiolos. La oscuridad empezaba a devorarse la estancia. Los candelabros brillaban, en la penumbra, al último fulgor de este agitado día. ¿Por qué, por qué este tremendo vacío, en lo hondo de su masculinidad, revuelto en náuseas y maldiciones? Pensó que, como marido, era un fracaso. En otros tiempos, cuando frecuentaba las casas de prostitución, se acostaba con las mujeres por lo general en estado de embriaguez, de modo que, relajado por el alcohol, alcanzaba a verlas retorcerse y aullar. Y ahora...

Se internó en el estudio, una mezcla de viejo despacho de funcionario y cuarto de estar. Las sillas frailunas, frente a su escritorio, se le antojaban bestias agazapadas, dispuestas a embestir. Depositó el informe sobre los fólderes. No estaba para números. Ahora podía respirar profundamente. Respirar y pensar. La bombilla arrojaba, sobre su rostro, una luz macilenta y enfermiza. Cuántos pensamientos agolpados en la mente de un pobre diablo que debería ocuparse de los navieros y del año fiscal libre. Pero sus tretas nunca daban resultado. Nunca y, sin embargo, habría que

repetirlas hasta el cansancio, hasta el infinito, como esas tentativas frustradas de entrevistar al caimacán de los navieros. ¿Cómo despertar, en ella, una fogosidad capaz de anticipar todos los efectos? ¡Ay María Victoria!

Acercó un trozo de papel usado. Garrapateó, con la estilográfica, una extraña y ampulosa caligrafía. Pensó en la necesidad de colocar, debajo, un pedazo de vidrio, como lo había leído en cierto relato de Sinclair Lewis. Pero extrajo de la gaveta una hoja limpia de carta y dibujó la dirección de su propia casa.

Experimentó un violento estremecimiento de placer, a medida que iba escribiendo su nueva esquila para María Victoria.